

tros; á él, repito, estaba reservado mostrarnos todas las verdades, es decir, la de los misterios, la de las virtudes y la de las recompensas que Dios tiene preparadas para sus amados.

Estas grandezas eran las que los judíos debían buscar en su Mesías. Nada hay tan grande como llevar en sí mismo y descubrir á los hombres la verdad toda entera que les sustenta, que les dirige, y que clarifica sus ojos hasta el grado de hacerles capaces de ver á Dios.

En el tiempo en que la verdad debía ser manifestada á los hombres con esta plenitud, estaba tambien ordenado que fuese anunciada por toda la tierra y en todos los tiempos. Dios no dió á Moisés mas que un solo pueblo y un determinado tiempo: á Jesucristo fuéronle dados todos los siglos y todos los pueblos del mundo: por todas partes tiene sus elegidos, y su Iglesia, esparcida por todo el universo, no cesará jamas de producirlos. "Id, les dijo, enseñad á todas las naciones, bautizadlas en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñadles á guardar los mandamientos: y estad ciertos de que yo seré con vosotros hasta la consumacion de los siglos."

## CAPÍTULO XX.

*De la bajada del Espíritu Santo; del establecimiento de la Iglesia; de los juicios de Dios sobre los judíos y sobre los gentiles.*

Para difundir por todos los lugares y en todos los siglos tan sublimes verdades, y para poner en vigor en medio de la corrupcion prácticas tan puras, era necesaria una virtud mas que humana. Fué por lo que Jesucristo prometió enviar al Espíritu Santo para fortificar á sus apóstoles y animar eternamente el cuerpo de la Iglesia.

Para declararse mas la fuerza del Espíritu Santo, debía aparecer en el momento en que la flaqueza necesitaba ser mas sostenida: *Os enviaré*, dijo Jesucristo á sus apóstoles, *lo que mi Padre ha prometido*; es decir, el Espíritu Santo; en el entretanto *permaneced en la ciudad*; no emprendais nada hasta que seais revestidos de la fortaleza de lo alto.

En conformidad á este mandato, permanecieron encerrados cuarenta dias: el Espíritu Santo bajó al tiempo determinado; las lenguas de fuego que cayeron sobre los discípulos de Jesucristo señalaron la eficacia de su palabra; empezó la predicacion; los apóstoles fueron desde entonces un testimonio vivo de Jesucristo, siempre dispuestos á sufrir todo linage de pa-

decimientos para sostener que le habian visto resucitado. Los milagros confirmaron la verdad de sus palabras: en dos sermones que predicó san Pedro se convirtieron ocho mil judíos, y despues de haber llorado su error, fueron lavados en la sangre que derramaran.

Así fué fundada en Jerusalem la Iglesia, y entre los judíos, á pesar de la incredulidad de la mayor parte de la nacion. Los discípulos de Jesucristo mostraron al mundo una caridad, una fuerza y una mansedumbre cuales jamas habia tenido sociedad ninguna. Suscítase la persecucion, y la fé se aumenta; los hijos de Dios aprenden cada vez mas á no desear mas que el cielo; los judíos, por su obstinacion, se atraen la venganza de Dios, y se anticipan las últimas calamidades de que se hallaban amenazados. Empeóranse sus negocios y su estado. Mientras que Dios continúa en separar un gran número de ellos, que afilia entre sus elegidos, san Pedro es enviado para bautizar á Cornelio, centurion romano. Aprende primero por una celestial vision, y despues por esperiencia, que los gentiles son llamados al conocimiento de Dios. Jesucristo, que queria convertirlos, habla desde lo alto á san Pablo, que debia ser su apóstol; y por un milagro inaudito hasta entonces, en un instante conviértele de perseguidor, no solo en defensor, sino en el mas celoso predicador de la fé: descúbrele el profundo se-

creto de la vocacion de los gentiles por la reprobacion de los judíos ingratos, que de dia en dia íbanse haciendo mas indignos del evangelio. San Pablo tiende la mano á los gentiles, y trata con una fuerza maravillosa estas importantes cuestiones: "Si el Cristo debia sufrir, y »si era el primero que debia anunciar la ver- »dad al pueblo y á los gentiles despues de ha- »ber resucitado de entre los muertos:" prueba la afirmativa por medio de Moisés y de los profetas, y llama á los idólatras al conocimiento de Dios, á nombre de Jesucristo resucitado. Conviértense en tropel; y san Pablo hace ver que su vocacion es un efecto de la gracia que no admite ya distincion entre judíos ni entre gentiles. El furor y la envidia sacan de quicio á los judíos; forman terribles complots contra san Pablo, ofendidos principalmente de que predique á los gentiles y les conduzca al conocimiento del verdadero Dios: entréganle, en fin, á los romanos como les entregaron á Jesucristo. Conmuévese todo el imperio contra la Iglesia naciente, y Neron, enemigo de todo el género humano, fué el primer perseguidor de los fieles. Aquel tirano hizo morir á san Pedro y san Pablo: Roma fué santificada por su sangre; y el martirio de san Pedro, príncipe de los apóstoles, estableció en la capital del imperio la sede principal de la religion. Entretanto acercábase el tiempo en que la venganza

divina debia estallar sobre los judíos impenitentes: introducesse el desórden entre ellos; ciégales un falso celo, y háceles odiosos á todos los hombres; y sus falsos profetas les ilusionan con promesas de un reinado imaginario. Seducidos con tan torpes engaños, no pueden ya sufrir ningun imperio legítimo, y se entregan á atentados sin fin. Abandónales Dios á sus pasiones; rebélanse contra los romanos, quienes caen sobre ellos; y el mismo Tito, que les arruina, reconoce que no hace mas que prestar su mano á Dios irritado contra ellos. Adriano acabó de esterminarlos. Perecen con todas las señales que marcan la venganza divina: espulsados de su pais natal, y esclavos por todo el universo, ya no tienen ni templo, ni altar, ni sacrificio, ni patria; y no vuelve á verse en Judá ninguna forma de pueblo.

Dios, sin embargo, habia provisto á la eternidad de su culto: los gentiles abren los ojos, y se unen en espíritu á los judíos convertidos. Entran por este medio en el linage de Abraham, y hechos sus hijos por la fé, adquieren el derecho á la herencia de las promesas que á aquel le fueran hechas. Fórmase un nuevo pueblo, y el nuevo sacrificio, tan celebrado por los profetas, comiézase á ofrecer por toda la tierra.

Así fué cumplido punto por punto el anti-guo oráculo de Jacob: Judá se multiplicó des-

de el principio mas que todos sus hermanos; y habiendo siempre conservado una cierta preeminencia, recibió, en fin, el reino como hereditario. Despues el pueblo de Dios quedó reducido á sola su estirpe; y encerrado en su tribu, tomó su nombre. En Judá continúa este gran pueblo prometido á Abraham, á Isaac y á Jacob; en él se perpetúan las demas promesas, el culto de Dios, el templo, los sacrificios, la posesion de la tierra prometida, que no tuvo ya otro nombre mas que de Judea. A pesar de sus diversos estados, los judíos permanecieron siempre en cuerpo de pueblo arreglado y de reino usando de sus leyes. Viéronse siempre en él ó reyes, ó magistrados y jueces hasta la venida del Mesías: verificase ésta, y el reino de Judá arruínase poco á poco. Es destruido absolutamente, y el pueblo judío es espulsado de la tierra de sus padres sin esperanza de volverla á ocupar jamas. El Mesías se hace la esperanza de las naciones, y reina sobre un nuevo pueblo.

Empero para conservar la sucesion y la continuidad, era menester que á este nuevo pueblo se le ingiriese, por decirlo así, sobre el primero, como dice san Pablo, "el acebuche sobre el olivo, para que participase de su savia." Así ha sucedido que la Iglesia establecida primeramente entre los judíos, ha recibido al fin á los gentiles, para formar con ellos un mismo

árbol, un mismo cuerpo, un mismo pueblo, y para hacerlos participantes de sus gracias y de sus promesas.

Lo que sucedió despues de esto á los judíos incrédulos en tiempo de Vespasiano y de Tito, no recae ya sobre el pueblo de Dios. Aquel fué un castigo que recayó sobre los rebeldes, quienes por su infidelidad hácia la semilla prometida á Abraham y á David, no eran ya judíos ni hijos de Abraham mas que segun la carne, y renunciaron á la promesa por la que las naciones debian ser bendecidas.

Así aquella última y espantosa desolacion que sufrieron los judíos, no fué como aquella otra que sufrieran cuando fueron transmigrados á Babilonia; no fué una suspension ó interrupcion del gobierno y del estado del pueblo de Dios ni del servicio solemne de la religion: el nuevo pueblo ya formado y continuado con el antiguo en Jesucristo, no fué trasportado; se extendió y se dilató sin interrupcion desde Jerusalem, donde nació, hasta los últimos confines de la tierra. Los gentiles, agregados á los judíos, vinieron á ser desde entonces los verdaderos judíos, el verdadero reino de Judá, contrario á aquel Israel cismático, y cercenado por tanto del pueblo de Dios, el verdadero reino de David, por la obediencia que prestó y sigue prestando á las leyes y al evangelio de Jesucristo, hijo de David.

Despues de haberse establecido este nuevo reino, no hay que admirarse porque todo pereciese en la Judea. El segundo templo de nada servia ya despues que el Mesías hubo cumplido en él lo que se hallaba anunciado por los profetas: ademas este templo gozó de la gloria que le habia sido prometida luego que se verificó la venida del deseado de las naciones: la Jerusalem visible habia hecho ya cuanto le quedaba que hacer, mediante á que la Iglesia habia tomado su nacimiento de ella, y que desde allí iba estendiendo de dia en dia sus ramas por toda la tierra. La Judea, pues, no tiene ya nada que ver ni con Dios ni con la religion, así como tampoco los judíos; y es justo que en castigo de su empedernimiento anden sus ruinas dispersas por toda la tierra.

Es lo que debia sucederles en el tiempo del Mesías segun Jacob, Daniel, Zacarías, y segun todos sus profetas; pero como debe llegar el dia en que vuelvan á buscar este Mesías, á quien han desconocido, y como el Dios de Abraham no ha agotado todavía el tesoro de sus misericordias con respecto á la raza, aunque infiel, de este patriarca, ha encontrado un medio, del cual solo se ve un ejemplo en el mundo, cual es el conservar á los judíos fuera de su pais y en su desgracia, haciendo que dure este pueblo mucho mas largo tiempo que aquellos otros que le sojuzgaron. En verdad que no vemos ningun

resto ni de los antiguos asirios, ni de los antiguos medos, ni de los antiguos persas, ni de los antiguos griegos, ni aun de los antiguos romanos. La raza de aquellos antiguos pueblos se ha perdido, habiéndose llegado á confundir con la de los demas pueblos de la tierra. Los judíos que fueron vencidos por aquellas antiguas naciones tan célebres en la historia, les han sobrevivido; y al conservarlos Dios nos tiene en la esperanza de lo que quiere hacer todavía con los malhadados restos de un pueblo en otro tiempo tan favorecido. Sin embargo, su obstinacion es provechosa á los gentiles, y les procura la ventaja de encontrar en manos nada sospechosas las escrituras que han anunciado á Jesucristo y sus misterios. En estas escrituras vemos, entre otras cosas, la ceguiedad y las desgracias de los mismos judíos que tan cuidadosamente las conservan. De esta manera nos sirve de escarmiento su desgracia: su infidelidad de uno de los fundamentos de nuestra fé, y ellos nos enseñan á temer á Dios, y son para nosotros un eterno espectáculo de la severidad con que ejerce su justicia sobre sus hijos ingratos, para que así aprendamos á no gloriarnos de las gracias otorgadas á nuestros padres.

Un misterio tan maravilloso y tan útil para la instruccion del género humano, merece ser considerado. Pero no tenemos necesidad de los discursos humanos para comprenderle: porque

el Espíritu Santo se ha tomado el cuidado de esplicárnosle por boca de san Pablo; y suplico á V. A. que escuche lo que este apóstol ha escrito de él á los romanos.

Despues de haber hablado el apóstol del pequeño número de judíos que habia recibido el Evangelio, y de la ceguiedad de todos los demas, entra en una profunda consideracion sobre lo que llegará á ser un pueblo honrado y distinguido con tantas gracias como le fueron dispensadas por Dios, y nos manifiesta al mismo tiempo que el provecho que nosotros sacamos de su caída, los frutos que producirá algun dia su conversion. «¿Los judíos, dice, han caído para no levantarse jamas? No por cierto. Pero su caída ha venido á ser una ocasion de salud para los gentiles, á fin de que el ejemplo de éstos les escite la emulacion para imitar su fé. Porque si su delito ha venido á ser la riqueza del mundo, y el menoscabo de ellos el tesoro ó riqueza de las naciones, ¿cuánto mas lo será su plenitud ó futura restauracion? Si su reprobacion ha sido causa de la reconciliacion del mundo, ¿qué será su restablecimiento ó conversion, sino resurreccion de muerte á vida? Porque si las primicias de los judíos son santas, lo es tambien la masa; y si es santa la raiz, tambien las ramas; y si algunas de las ramas han sido cortadas, y tú, gentil, que no eras mas que un acebuche,

»has sido ingertado en el lugar de ellas, y hé-  
 »chote participante de la savia que sube de la  
 »raiz del olivo, guárdate de levantarte contra  
 »las ramas naturales. Porque si te levantas,  
 »piensa que no eres tú quien sostienes la raiz,  
 »sino que es la raiz quien te sostiene á tí. Pero  
 »dirás quizá: las ramas han sido cortadas para  
 »ser yo ingerido en su lugar. Bien está, por su  
 »incredulidad fueron cortadas, empero ahora es  
 »tu fé quien te sostiene firme en el árbol. Cui-  
 »da, pues, de no engreirte, antes bien vive con  
 »temor; porque si Dios no perdonó á las ramas  
 »naturales, debes temer que ni á tí tampoco te  
 »perdone.”

¿Quién no se posee de un santo temor al  
 escuchar estas palabras del apóstol? ¿Podemos  
 ver sin espanto la venganza que pesa despues  
 de tantos siglos y tan terriblemente sobre los  
 judíos, cuando san Pablo nos advierte de parte  
 de Dios que nuestra ingratitude puede acarrear-  
 nos otro castigo semejante? Pero prestemos oi-  
 dos á lo que sigue diciendo acerca de este gran  
 misterio. Continúa el apóstol hablando á los  
 gentiles convertidos, y les dice: “Considerad  
 »la bondad y la severidad de Dios; su severidad  
 »para con aquellos que cayeron de su gracia; y  
 »su bondad para con vosotros si perseverareis  
 »en el estado en que su bondad os ha puesto:  
 »de lo contrario, vosotros tambien sereis corta-  
 »dos. Y todavía ellos mismos, si no permane-

»cieren en la incredulidad, serán otra vez uni-  
 »dos á su tronco, pues poderoso es Dios (que  
 »los ha cortado) para ingerirlos de nuevo. Por-  
 »que si habeis sido cortados del acebuche, que  
 »era vuestro tronco natural, é ingertos contra-  
 »natura en la oliva castiza, ¿con cuánta mayor  
 »razon serán ingertas en su propio tronco las  
 »ramas naturales del mismo olivo?” Al lle-  
 gar aquí, elévase el apóstol á unas mas altas  
 consideraciones, y penetrando en la profundi-  
 dad de los consejos de Dios, continúa así su dis-  
 curso: “No quiero, hermanos míos, que igno-  
 »reis este misterio para que no tengais senti-  
 »mientos presuntuosos de vosotros mismos; y  
 »por tanto os diré que una parte de Israel ha  
 »caído en la obcecacion hasta tanto que la ple-  
 »nitud de las naciones haya entrado en la Igle-  
 »sia: entonces salvarse ha todo Israel segun está  
 »escrito; saldrá de Sion el libertador que des-  
 »terrará de Jacob la impiedad; y entonces ten-  
 »drá efecto la alianza que he hecho con ellos en  
 »habiendo yo borrado sus pecados.”

Este pasage de Isaías que cita aquí san Pa-  
 blo, segun le trae la version de los Setenta, y  
 conforme él tenia de costumbre, á causa de ser  
 dicha version conocida por toda la tierra, es to-  
 davía mucho mas fuerte en el original, y sobre  
 todo leyendo todo lo que sigue. Porque el pro-  
 feta predijo allí, ante todas cosas, la conversion  
 de los gentiles con estas notables palabras: “Los